

Martirios en la tierra de la eterna juventud. A propósito de la *Relación de los mártires de la Florida* de fray Luis Jerónimo de Oré

CARLOS GÁLVEZ PEÑA

Pontificia Universidad Católica del Perú

cgalvez@pucp.edu.pe

El poco conocido texto del franciscano huamanguino Luis Jerónimo de Oré, *Relación de los mártires que ha habido en las provincias de La Florida, doce religiosos de la compañía de Jesús, que padecieron en el Jacán y cinco de la Orden de nuestro Seráfico P. S. Francisco de la Provincia de Guale. Pónese asimismo la descripción de Jacán donde se han fortificado los ingleses, y de otras cosas tocantes a la conversión de los indios*, se publicó por primera vez en Madrid en 1619 y reaparece casi cuatrocientos años después en una cuidada edición de Raquel Chang-Rodríguez, a partir del raro impreso de la biblioteca Hesburgh de la Universidad de Notre Dame (Indiana), originalmente en la colección de José Durand.¹ Esta edición se suma a los estudios que Chang-Rodríguez ya tiene publicados sobre *La Florida del Inca* de Garcilaso de la Vega y otros significativos aportes suyos al campo de la Floridiana en particular y los estudios coloniales hispanoamericanos en general.

Fray Luis Jerónimo de Oré es aún una figura poco estudiada en el quehacer intelectual virreinal. Descendiente de un destacado linaje de conquistadores-encomenderos de Huamanga, hizo brillante carrera

¹ Chang-Rodríguez, Raquel (ed.). *Relación de los mártires de la Florida del P. F. Luis Jerónimo de Oré (c. 1619)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014.

dentro de la orden franciscana, llegando a ser comisario de la provincia de Santa Elena (que incluía la actual Florida y parte de Georgia y Virginia) y, hacia el final de su vida, obispo de Concepción, donde murió en 1630. Su carrera eclesiástica y su destacada posición social le permitieron participar en estelares momentos en la construcción de la Iglesia, la sociedad y la cultura de su tiempo. Ello se evidencia en sus obras más conocidas: el *Symbolo cathólico indiano* (Lima, 1598), el *Manuale Seu Rituale Peruanum* (Nápoles, 1607), la *Relación de la vida y milagros de Francisco Solano* (Lima, 1613), dos textos que circularon manuscritos² y la *Relación de los mártires*. De todos estos trabajos, son los manuales trilingües los más conocidos entre los estudiosos de las lenguas nativas, la catequética y la evangelización virreinales.

Curiosamente, dos de las más importantes obras de Oré son las menos estudiadas: la *Relación de la vida y milagros de Francisco Solano* y la *Relación de los mártires de la Florida*. Esto se debe en parte a la escasez de ediciones modernas, pero sobre todo a que las hagiografías, martirologios y menologios no han sido tipos de discurso histórico mayormente favorecidos por los colonialistas. Considerados por décadas textos propios de la piedad barroca, con poca o nula información sobre las sociedades indígenas, las lenguas amerindias y el proceso de adaptación de las primeras al régimen colonial, estas fuentes no eran usadas para entender procesos sociales y políticos y aparecían confinadas a la curiosidad erudita de bibliógrafos. Los estudios sobre la textura y la cultura de la piedad medieval y sus conexiones con el imaginario de la temprana modernidad permitirán la revisión de los vínculos temáticos con la historia de la iglesia regular, la religiosidad urbana y las relaciones entre piedad y política de Estado, en este último periodo. El martirio de misioneros sirve pues para entender el Real Patronazgo, las guerras confesionales y la disputa de territorios coloniales entre los poderes europeos.

Como señala la editora, la *Relación de los mártires de la Florida* encierra información de importancia para varias disciplinas, si bien narra

² «Sermones del año» y «Arte y Vocabulario en romance y en las lenguas generales deste reyno quechua y aimara» (este último perdido). Ver Chang-Rodríguez (ed.), *Relación*, p. 20.

principalmente las peripecias de los misioneros destacados a la abortada fundación jesuita y la endeble misión franciscana de Santa Elena, de la que Oré fue nombrado comisario visitador en 1611. Como en general toda la obra intelectual de este insigne franciscano peruano, la *Relación* nació de la necesidad de recoger información que permitiera consolidar la joven provincia franciscana de Santa Elena en América del Norte. Por este motivo, Oré visita a Garcilaso de la Vega en Córdoba en 1612 y se interesa por su *Historia de la Florida*. A la tierra de la quimérica eterna juventud llega fray Luis Jerónimo poco después y se enfrenta a terribles retos: una población indígena seminómada y reacia a la vida en misión, conflictos entre misioneros y autoridades civiles y militares de esta frontera, el relajamiento propio de una zona con escasa autoridad, y mucho contrabando, crimen e incursiones de piratas. No eran pocos los intereses vulnerados por los frailes ni los que trabajaban por desalentar la apuesta de la Corona por las misiones en la frontera. Se entiende así que los mártires de esos confines misionales fueran en verdad víctimas de un *lobby* que iba más allá de los rebeldes indígenas, como un lector aguzado puede concluir al leer la *Relación*. No es casual que jesuitas, en 1570, y franciscanos, veintisiete años después, sufrieran similar trágico destino y la Florida no construyera una sólida evangelización ni una cultura material y política. Esta *Relación* es una fuente sobre un apéndice del imperio donde el modelo colonial implosiona y revela tensiones étnicas, económicas y de política internacional.

El texto sirve también para adentrarnos en el estudio cultural de las narrativas de martirio y santidad. La *Relación*, expresión del sentimiento barroco fascinado por el culto a los testimonios límites y a las reliquias, es contemporánea al descubrimiento de las catacumbas romanas y a las luchas religiosas de mediados del siglo XVI, que convirtieron al martirologio y al menologio con episodios martiriológicos en *bestsellers* en la Europa católica y protestante. Las órdenes mendicantes hicieron gala del sacrificio de sus misioneros para demostrar que estaban del lado de la Iglesia y de la Corona católica. La *Relación* de Oré nace de una tradición dentro de la orden franciscana, que ya hacia fines del siglo XV se enorgullecía de sus mártires en el norte de África. Pero fue la centuria siguiente la del

martirio global: en 1523, los agustinos invocaron sus primeros mártires en Flandes, y poco después lo harían en Inglaterra. Hacia fines de la década de 1520, mártires franciscanos testimoniaron con su vida en el Japón; uno de ellos fue el mexicano Felipe de Jesús, beato desde 1628 y primer patrono de la Nueva España. Así, los ocho jesuitas muertos en la bahía de Chesapeake en 1570 y los cinco franciscanos de 1597 de los que informa Oré fueron un hito más en un siglo que abundó en sangre de misioneros derramada por el mundo.³ En 1596 y 1598, los jesuitas Miguel de Urrea, en la tierra de los Chunchos, y Diego de Tapia, en la Nueva Vizcaya, cerraron el primer ciclo del martirio colonial hispanoamericano. Seguiría el siglo XVII con martirios franciscanos, agustinos y jesuitas en la Nueva España, Centroamérica, el Perú y Paraguay, para incremento de la popularidad y consolidación del género martirológico.

Los textos sobre martirios no solo eran leídos como testimonios confesionales, sino también como expresión de hierofanías y repertorio simbólico de milagros. Las descripciones de los martirios eran decodificadas como compleja simbología barroca asociada a la Iglesia militante y la Casa de Austria, y usadas como propaganda de los programas de evangelización de las órdenes. El culto global de las reliquias misioneras y la simbología asociada al cuerpo religioso se iniciaron con la muerte de Francisco Xavier en China en 1552. El cuerpo de Xavier se trasladó a Goa y su brazo cercenado inició una travesía mundial, llegando a Roma, donde se le atribuyó todo tipo de milagros vinculados a los logros misionales. La cabeza del jesuita Gonzalo de Tapia siguió predicando después de cercenada en la Nueva Vizcaya, y los agustinos Diego Ortiz, en Vilcabamba, y Laureano Ibáñez, en la tierra de los Chiriguanas, siguieron predicando y administrando sacramentos cuando estaban ya al borde de la muerte, con los miembros desgarrados y atravesados de flechas y lanzas. Lo propio —nos refiere Oré— ocurrió con el jesuita Segura en la bahía de Chesapeake: un nativo lo encontró celebrando misa en estado agónico.⁴ A estos prodigios se sumaba el hecho de que las tumbas de los

³ *Ib.*, pp. 103, 108 y 145.

⁴ *Ib.*, p. 108.

mártires despedían aromas, emitían luces y se convertían así en hitos de una geografía sacra. La búsqueda y el hallazgo de las reliquias de los mártires en la América colonial generó un culto popular y una competencia entre las órdenes por conservarlas, descifrar sus beneficios y, así, sacralizar la frontera. La proliferación de martirologios en el siglo XVII popularizó la simbología de los corazones, la eucaristía, la celebración de la misa y la prédica.⁵

Era claro que las fronteras misionales demandaban muertes extraordinarias y símbolos inequívocos para consolidar sus programas de evangelización. Estos requerían de fondos y apoyo político de la Corona, ya que colonos y autoridades veían a los pueblos misionales como un freno a la apropiación de mano de obra indígena. Como la propaganda martiroológica facilitaba el patrocinio real a las misiones, se entiende el *pathos* de estos textos. Sin embargo, los martirologios no son necesariamente contemporáneos a las muertes de misioneros, y muchas veces son elaboraciones *a posteriori*: a Diego de Tapia, jesuita muerto en el noroeste novohispano en 1598, lo habían antecedido Pedro Martínez en la Florida en 1566 —el primero del que se conoce que tuvo una muerte heroica— y sus hermanos de hábito caídos en el Jacabán en 1570, de los que informa la *Relación* de Oré. En todos estos casos, no fue sino hasta principios del siglo XVII, cuando era claro que se necesitaba cimentar la frontera misional, que sus muertes fueron de interés para la imprenta. Oré publicó su texto en 1619, y en 1617 el jesuita Francisco de Figueroa había entregado a la prensa la primera versión del martirio de Tapia en México; en 1620 una traducción al francés popularizó al protomártir novohispano en Europa.⁶ La muerte del agustino Diego Ortiz entre los

⁵ Ib., p. 61. Varios de estos aspectos se asociaron a los misioneros de la Compañía de Jesús. La primera síntesis martiroológica jesuita apareció a mediados del siglo XVII. Ver Alegambe, Philippo. *Mortes Illustres et Gesta Eorum de Societate Iesu*. Roma: Typographia Varesii, 1652.

⁶ Figueroa, Francisco de. *Memorial de Francisco de Figueroa SJ Procurador de las Provincias de las Indias ante el rey para aclarar lo tocante a las rebeliones de los Indios Tepehuanes, Zinaloas y otras Naciones ocurridas el año de 1616*. Barcelona, 1616; *Memorial Presentado a Su Magestad por el P. Francisco de Figueroa, Procurador de las Provincias de las Indias de la Compañía de Jesús, acerca del Martirio de nueve religiosos de la misma Compañía y de otros*

incas rebeldes de Vilcabamba en 1570 mereció una dramática reelaboración en la crónica del padre Antonio de la Calancha de 1639, traducida al francés en 1653 y al holandés en 1671 (ambas traducciones con particular énfasis en el martirio), y un eco peninsular en la obra de Nicolás Suárez de 1659.⁷ La *Relación* de Oré no tuvo poco impacto y fue reelaborada en 1647, en las *Vidas exemplares y memorias de algunos claros varones de la Compañía de Jesús* del padre Eusebio Nieremberg, quien rememoró a sus olvidados hermanos de hábito, muertos en la Florida casi ochenta años antes.⁸ La incursión de Oré en el género martirológico —solo antecedida por la breve mención del martirio del padre Diego de Urrea en la *Crónica anónima* jesuita de 1600— lo ubica como uno de los precursores de dicho género en América, pues su obra casi coincidió con la *Relación* de Figueroa para México (1616-1617) y antecedió a la *Relación jesuita* anónima del Paraguay (1628), la *Historia del reino y provincias del Perú* de Giovanni Anello Oliva (1630), la *Historia de los triumphos de nuestra sancta fee* de Andrés Pérez de Ribas (1646), la *Crónica moralizada* del agustino Antonio de la Calancha (1634) y la *Crónica del orden de San Agustín* de Bernardo de Torres (1657).⁹

dos religiosos, uno del orden de Santo Domingo y otro de San Francisco. Barcelona: Lorenço Deu, 1617; y *Relation Histoire du Massacre de Plusieurs Religieux De S. Dominique, de S. Francois et de la Compagnie de Jesus, et de autres Chrestiens, aduenu en la rebellion de quelques Indois de L'Occident contre les Espagnols. Le tout tire du Memorial presente au Roy de Espagne, iouxte la copie Imprimee a Barcelonne 1616*. Valenciennne: Jan Vervliet, 1620.

⁷ Calancha, Antonio de la. *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona: Pedro Lacavalleria, 1639; *Histoire du Peru aux Antipodes. Et de grand progres de l'Eglise en la conversion de gentils par la predication de Religieux Hermites de la Ordre de S. Augustin*. Toulouse, 1653; *Het wonderlyck martelie vanden salighen pater Didacus Ortiz eerste martelaer van Peru [...] In't Spaensch beschreven door den eerweerdighen P. Antonius de la Calancha [...] In't Latijn door den eerweerdighen P. Ioachimus Brulius [...] In't Duytsch overgheset door F.A.K. priesters vande selve Orden*. Antwerp: Jacob Mesens, 1671; y Suárez, Nicolás. *Vida y martirio del glorioso fray Diego Ruiz Ortiz de la orden de nuestro padre San Agustín [...] sacada de las historias de la orden que tratan de la entrada que hicieron nuestros religiosos en aquellos reynos*. Madrid: Melchor Sánchez, 1659.

⁸ Nieremberg, Eusebio. *Vidas exemplares y memorias de algunos claros varones de la Compañía de Jesús*. Madrid: Alonso de Paredes, 1647.

⁹ *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú. Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de*

Las relaciones de martirio permiten también mirar desde otro ángulo la aceptación del modelo colonial por parte de los indígenas. La muerte del padre Urrea en el Perú en 1596 reveló el desencuentro de dos culturas. Dicho religioso murió luego de tratar de curar al hijo de un cacique afectado por fiebres, que con seguridad el misionero introdujo entre los nativos. Al intentar aliviar al muchacho con azúcar, Urrea fue acusado de envenenamiento. De otro lado, diferencias entre los jesuitas y el cacique local del Jacabán —nos dice Oré— evidenciaron que los indígenas esperaban dádivas y tolerancia para las prácticas poligámicas, lo que los jesuitas no estaban dispuestos a garantizar. Es altamente simbólico que el indígena ladinizado Alfonso de Lara cooperara en la muerte de los sacerdotes luego de haber servido de intérprete; los nativos interrumpían la colaboración cuando sentían que sus intereses eran vulnerados.¹⁰ Estos diálogos sordos entre misioneros y nativos cruzaron los dominios americanos de norte a sur y de este a oeste, y generaron revueltas como la del Guale, que Oré describe, o la de la Araucanía, que vivió años más tarde.¹¹ Fray Luis Jerónimo quiso alertar a las autoridades de los riesgos políticos del fracaso de las misiones (y la posible alianza entre nativos y las potencias protestantes) para así justificar sus pedidos de apoyo por parte de la Corona. No le faltaba razón a fray Jerónimo, pues Sir Walter Raleigh, en su *Descubrimiento del rico Imperio de la Guiana* (1595), había enfatizado la importancia de forjar alianzas con los nativos descontentos con el dominio español, y no en vano la década en la que aparece la

habla española en la América Meridional. Edición de Francisco Mateos. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944; Pérez de Ribas, Andrés. *History of the Triumphs of Our Holy Faith amongst the most Barbarous and Fierce Peoples of the New World*. Edición de Daniel T. Reff. Tucson: University of Arizona Press, 1999; Oliva, Giovanni Anello. *Historia del reino y provincias del Perú y vidas de los varones insignes de la Compañía de Jesús*. Edición de Carlos Gálvez Peña. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998; Torres, Bernardo de. *Crónica de la Provincia Peruana del Orden de los Ermitaños de San Agustín*. Lima: Julián Santos de Saldaña, 1657; y «Relación del martirio de los Padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo de la Compañía de Jesús en Paraguay, a 16 de noviembre de 1628», Biblioteca Nacional de España, Mss. 2360.

¹⁰ Chang-Rodríguez (ed.), *Relación*, pp. 108-109.

¹¹ *Ib.*, p. 117.

Relación de Oré estuvo llena de enfrentamientos navales entre las embarcaciones hispanas y la armada holandesa en el Pacífico y el Caribe. La alianza entre calvinistas y mapuches casi se convierte en realidad con el desembarco holandés en Valdivia en 1645, como denunció el agustino Miguel de Aguirre en su *Población de Valdivia* de 1647.¹² Bien sabía Oré que la guerra contra los naturales no produciría mayor lealtad al rey ni mejores catecúmenos; serían las consideraciones y la prédica del amor las que evitarían alianzas entre nativos y enemigos de la fe. Fray Luis Jerónimo lo predicó y practicó, como dieron fe las disposiciones testamentarias a favor de sus sirvientes araucanos.¹³

La *Relación* de Oré nos permite atisbar el momento en la génesis de las fronteras del imperio español en que aún el régimen colonial era incierto. La Florida, en 1617, era tierra de quimeras, y las órdenes religiosas anhelaban construir un sistema misional y, con él, una sociedad colonial. Para ese entonces, sin embargo, la riqueza de la Nueva España, el Perú y el Brasil afirmaba el interés de la Corona por los centros y no por las periferias del imperio. Los primeros en abandonar la zona fueron los jesuitas; los franciscanos, por su parte, se trasladaron a mediados del siglo XVII al noreste mexicano, y abandonaron definitivamente las tierras de Apalache y Timucúa a principios del siglo XVIII, debido al avance inglés desde Georgia. El progresivo control del Caribe por Inglaterra terminaría por aislar a la Florida, que se mantendría por unas décadas como un proyecto colonial en suspenso hasta el breve intento borbónico de reflotarla a finales del XVIII. La *Relación de los mártires de la Florida* de fray Luis Jerónimo de Oré fue el primer intento historiográfico de consolidar un proyecto colonial en la tierra donde, según Ponce de León, no era posible morir.

¹² Aguirre, Miguel de. *Población de Valdivia, motivos y medios de aquella fundación defensas del reino del Perú para resistir las invasiones enemigas en mar y tierra pazas pedidas por los indios rebeldes de Chile acetadas y capituladas por el gobernador y estado que tienen hasta nueve de abril del año de 1647*. Lima: Jorge López de Herrera, 1647.

¹³ Chang-Rodríguez (ed.), *Relación*, p. 40.